

ra de Uruápan, D. Anastasio Toribio Sánchez, el último poseedor lo regaló á la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de México, en donde, abandonado en un cajón, los ratones dieron buena cuenta de él, al grado que en la actualidad sólo quedan inútiles girones.

Lo que entre indios no aconteció en más de 300 años, sucedió en una sociedad científica, en plena civilización. Por eso hoy me congratulo de haber mandado copiarlo, y me satisface que á mi empeño se deban tanto su conservación, como su publicidad.

En el Annual Report of the Smithsonian Institution for the year 1886, 1.^a Parte, pp. 307-18 se publicó en inglés un ligero estudio escrito por mí, acompañado de una mala reproducción del lienzo jeroglífico. Comenzaba yo entonces mis estudios teóricos de la lengua tarasca, teniendo por maestros á indios lenguaraces y nada científicos. Uno de ellos se empeñó en sostener que las palabras en lengua náhuatl, que en el lienzo se encuentran, eran del idioma tarasco, aunque muy alteradas, y me comprometió á poner su traducción tal cual él la creía. Salió, como era de esperarse, un dislate. Con excepción de ese error garrafal, creo que todas sus restantes sugerencias fueron buenas, al grado que substancialmente sostengo en la actualidad las ideas entonces expresadas.

En el vol. 1.^o de «México á través de los Siglos» se reprodujo también esta pintura, muy mal é incompleta. Igual cosa se hizo en la citada obra «Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas,» y con idénticos defectos, acompañándola una interpretación.

Parecerá extraño á mis lectores que á cada momento me ocupe de criticar esa obra cuando mejor debiera ocuparme de mi asunto dejando correr á aquella la suerte que mereciera. Debería ser esto así, si el conocimiento de las antigüedades de Michoacán fuese más extendido y tuviese una buena documentación primitiva ó concienzudos estudios contemporáneos; mas no siéndolo y presentándose tal escrito con la pretensión de haber depurado la verdad hasta el mayor grado posible, acudiendo á las principales fuentes de ella: la tradición, los documentos y las observaciones en los actuales indios, necesario era en un estudio de la índole del nuestro restituir en lo posible las cosas al verdadero sentido de la tradición y los documentos, que tan desfigurados en esa obra se encuentran por la poética imaginación de su autor, que todo lo convirtió en *leyenda*.

Haré aquí un breve análisis de la introducción de esa obra, reservándome para mejor oportunidad publicar la completa crítica que de ella tengo hecha.

Que en muchas cosas escribió el Sr. Ruíz por informaciones y no las depuró como debía, nos lo demuestra desde el *Prólogo* de su obra al hablar de los libros que de Michoacán tratan. Asevera que de la *Relación* de Michoacán «se ha publicado en dos ediciones,» y esto no es la verdad; que Granados es «cronista franciscano,» y esto no es cierto; que el autor del Teatro Americano es «el padre Villaseñor,» y no hay tal carácter sacerdotal en él; asevera que algunos ejemplares de la «*Relación*» traen *láminas*, y no es la verdad. Todo esto indica que no leyó con la atención debida las más de las obras

que cita, pues errores tan burdos no pueden pasar ni usando de la mayor ligereza al examinarlos.

Con grande aplomo dice que los relatores que dictaron el texto de la *Relación*, no pertenecían á la clase sacerdotal, «única que tenía el secreto de la historia de aquel pueblo, porque es natural creer que los pocos sacerdotes indios que sobrevivieron á la conquista no han de haber mirado con ojos serenos la pérdida. . . .» Por el texto de la misma *Relación* consta era costumbre que en la fiesta *Itzcuateconsquaro* ó de las flechas, el sacerdote mayor refiriese al pueblo entonces congregado, la historia de sus antepasados, y esta historia es la que consta en el texto aludido. Si haya habido una historia hierática, nada nos autoriza ni á suponerlo.

A la ignorancia del «fraile que escribió lo que le dictaban» y á la *senectud* de los informantes achaca el que «ese documento aparezca, desaliñado, oscuro, incoherente y en muchas ocasiones absurdo. Esto mismo explica el horrible estropeo que ha sufrido allí el idioma tarasco escribiéndose las mismas palabras unas veces de un modo y otras de diversa manera.»

Estrechos horizontes críticos manifiesta tener el autor de tales juicios: pretender en esas circunstancias y tiempo un Florián de Ocampo y una Academia de la Historia, es un absurdo é ignorancia de las leyes sociológicas. De las calidades intelectuales del fraile intérprete y de su ilustración mal puede juzgar, ignorando quién él haya sido; en mi concepto aquella fidelidad con que transmitió las ideas de los narradores, es para mí prueba de buen criterio. Singular es asignar por causa del estropeo y variantes ortográficas las consideraciones citadas, sin recordar, 1.^o, que el original de la *Relación* fué dictado y escrito en tarasco; 2.^o, que el fraile intérprete conocía *perfectamente* la frasis é índole del idioma, como lo hace notar en el *Prólogo* al Virrey; 3.^o, que el MS. hoy existente *no es el original*, sino una copia de dos manos distintas; y 4.^o, que no hay casi palabra tarasca en la impresión que no esté errada. De esto tengo la prueba en el ejemplar impreso que mandé cotejar con el original y hoy pára en el *Museo Michoacano* de Morelia.

Confiesa el autor en otra parte de su obra que en la actualidad «el tarasco no se habla de igual manera en los diversos pueblos de Michoacán;» solamente «en la sierra misma hay varios dialectos, parecidos entre sí; pero entre éstos y el que se habla en los pueblos de la laguna de Pátzcuaro, la diferencia es á veces muy grande. Ejemplo: mientras que en Pátzcuaro llaman *Guacís* al águila, en Paracho le dicen *Cuiyús* y la primera de estas dos palabras significa mamey. . . . Y si reflexionamos que en el decurso de tres siglos y medio se ha de haber modificado el idioma tarasco, borrado muchas tradiciones, desfigurado otras y desaparecido centenares de pueblos, cuyos nombres podían expresar algún hecho» Los monumentos que existían en Michoacán antes de la conquista fueron destruidos *en gran parte*; primero por los indios, luego por los conquistadores y los frailes. . . . los indios no se atrevían á transmitir sus tradiciones por no incurrir en pecado ni sufrir las suaves amonestaciones de azotes con que los catequizaban. . . .» Haciendo punto omiso de si simples variaciones de letras en algunas palabras constituyen lingüísticamente un dialecto, vemos que el principal apoyo de las teo-

rías del autor: *el idioma y la tradición* que el decurso de los años modificó tan hondamente y las *suaves amonestaciones catequísticas* de los frailes, vienen á ser punto menos que nada. Y no obstante tan palmaria confesión afirma que su libro tiene esos *dos* inseguros puntos por base, cuando escribe: «Eran estas reuniones (las del Señor su padre con otros dos amigos) *verdaderas academias* en que se estudiaba el tarasco, con relación á su pueblo; y los señores expresados, personas instruídas en la materia, eran indígenas de sangre pura y entusiastas por esa clase de trabajos. Yo asistía á la conferencia como simple oyente, siendo joven. Allí aprendí *muchas cosas y oí muchas tradiciones que ahora me han servido.*»

Conoci á los muy estimables sujetos de la *Academia tarasca*; sabían hablar su idioma *desfigurado* por el decurso de 300 años, pero no eran ni filólogos ni etnologistas. Pensaban con su cabeza é interpretaban con la amplísima libertad del mentir de las estrellas. No conocieron las obras de Lagunas, Gilberti, Basalenque y otros, menos aún la *Relación*, así es que no tenían ni siquiera esas pobres bases.

Alentaban solamente con la *tradición* que había escapado de las *suaves amonestaciones catequísticas* y que era no la de los sacerdotes indios, sino «los recuerdos vagos y confusos» de «viejos iliteratos» y por lo mismo «desaliñada, oscura, incoherente y en muchas ocasiones absurda.»

Y si toda la labor del escritor que nos ocupa ó su parte principal, como él mismo lo confiesa, tiene tal base, ¿qué resultará?

Las subsecuentes reflexiones nos darán la contestación.

Leemos en este libro que «los autores de gramáticas y diccionarios tarascos que escribieron al principio de la conquista, inventaron, cada uno, su ortografía para escribir el idioma, y además emplearon las letras con que entonces se escribía el castellano. . . .» y más adelante dice: «Cuestion grave es esta de escribir un idioma que tiene algunas pronunciaciones extrañas y que no habiendo tenido una ortografía propia, supuesto que los tarascos no conocieron la escritura fonética, hay necesidad ahora de escribirlo. Para obviar el inconveniente hasta donde es posible, lo escribo yo como si las palabras fuesen españolas. . . .» es decir, hace lo que los frailes del *principio de la conquista hicieron*, ignorando quizá los fructuosos trabajos de los lingüistas alemanes y norteamericanos para la exacta trascripción de los idiomas americanos y otros, expresados principalmente en el monumental trabajo de C. R. Lepsius, y las sugerencias prácticas en sumo grado del Mayor J. W. Powell.

Otra de las bases de su libro, muy personal y capital, nos la da á conocer en estas palabras: «No obstante la exigüidad de datos, no he desmayado en mis estudios, haciéndolos extensivos á la historia de otros pueblos americanos, en busca de una etnografía y una filología semejante á las de los tarascos; y con sorpresa descubrí una *grande analogía* entre el Perú y el Michoacán antiguos. Los dos pueblos tenían iguales instituciones, las mismas prácticas religiosas, parecidas leyendas, y los dos eran adoradores del sol. En el Perú, en Venezuela, en otras regiones de la América del Sur, y en las Antillas hallamos muchos nombres tarascos, sobre cuya particularidad hemos de insistir en la presente obra.»

Es de sentirse sobremanera que el autor no haya dado una nota bibliográfica de todas las obras que consultó para llegar á *descubrimiento* tan importante. Impresionado por su *invención* me eché á buscar esas analogías en los escritores primitivos de aquellas regiones, y en los escritos etnoantropológicos de los modernos autores, y nada que *seriamente* autorizara teoría semejante encontré en ellos; no obstante eso, y conocedor como soy de mi insuficiencia, por una parte, y de la vasta literatura de esas regiones, por otra, consulté y mandé el aludido libro al maestro del *peruanismo*, el Sr. D. Marcos Ximénez de la Espada, quien, después de maduro examen, me escribió su opinión diciéndome «que el origen incaico de los tarascos y otras tribus de que se ocupa el libro, por mí enviado, era un *dislate.*»

Preocupado el Sr. Ruíz con las pretendidas analogías de «religión, costumbres, idioma» de los peruanos con las soñadas correspondientes de los tarascos, aunque arreglándolo todo según su idea preconcebida, ocupa toda la introducción de su libro en narrar el éxodo de los tarascos, desde el Perú hasta Michoacán.

El procedimiento filológico es peregrino; sea ejemplo de ello lo siguiente: de *Piura*, hace Piuni; de *Tumbsi*, Tumbi; de *Tunzun*, Tzintzun; de *Inti*, indé; de *curaca*, caracua; de *Pacárina*, pácari; de *Huaca*, yácata; de *Guayanay*, Guayángari; de *Guanácuare*, Guandácareo; de *Taratanga*, Xharátanga. Todo este escamoteo etimológico produce en sus manos cuatro tribus: los *purépecha*, los *téquecha*, los *mariecha* y los *cutzincha*.

Cierra su teoría con llave de oro, diciendo en la nota de la pág. 35 que le «ha llamado la atención la semejanza entre el retrato de un Inca del Perú (que trae la obra de Zimmerman «El Hombre») y la figura humana que se ve en el relieve de la Cruz del Palenque.» Con fundamentos y criterio de esa clase se puede teorizar fácilmente. Diremos con el poeta: «*lástima que no sea verdad tanta belleza.*»

El texto de la «Relación» llama á los chichimecas *vanaceos*, y el Sr. Ruíz la convierte en *Guanáxeos*, y de la institución de las *guananchas*, que datan de la época en que el Illmo. Sr. Quiroga fundó el pueblo hospital de Santa Fé de la Laguna, en Michoacán, inventó él unas vírgenes dedicadas «al culto del sol y de la luna.»

El vulgar nombre *guanánchecha* significa portador, el que trae algo, y se deriva del verbo *Huani*. (Gilberti.) El oficio que desempeñan las que ese nombre llevan justifica la etimología, pues son las mujeres que cargan en sus hombros las andas que sostienen la imagen de la Santísima Virgen en las procesiones que hacen con ella los sábados por la mañana.

En el Capítulo 1.º trae una larga lista de nombres de los empleados en la administración pública; unos tomados de la «Relación» y otros inventados por él.

Hablando de la clase sacerdotal, asevera que «la gente les daba el tratamiento de *Casiricua.*» Esta denominación data de tiempos posteriores á la conquista, como lo demuestra el Vocabulario de Gilberti, en donde se lee:

Reverencia hacer, *Casirehpeni*; y en el «Diálogo de Doctrina Xpna» hablando de los frailes, dice: *tata casiriqua* ó sea *reverendo padre.*

Tal frase y adaptación de palabras es evidentemente un neologismo.

Siguiendo el texto de la obra vemos que «la *yácata* es lo mismo que la *huaca* del Perú.»

Huaka, dice Bertonio en su Vocabulario «Aymará,» es: «Ídolo en forma de hombre, carnero, &c. y los cerros q; adorauan en su gentilidad.» La Relación de Fr. Antonio de la Calancha (Ximénez de la Espada. Una antigualla Peruana) dice terminantemente: «Tenian muchas *guacas* é ídolos en quien creían y adoraban.»

No son, pues, las *huacas* sepulcros sino templos, al igual que las grandes *yácatas* tarascas. ¡*Et sic de cateris!*

(34) *E. Ruíz*. Op. cit., págs. 55-8.

(35) Exposición histórico-americana de Madrid. Catálogo de la Sección de México. Tomo 1.º, págs. 245-9.

(36) «Descripción de Tiripitío por su corregidor, Pedro de Montes de Oca. Septiembre 15 de 1580.» MS. original de 21 pp. con dos dibujos coloridos en el texto. *Colección García Icazbalceta*.

(37) Con ligeras modificaciones para esclarecer bien el sentido del texto, todo el discurso de *Taridcuri* está tomado de la «Relación» con el que termina su 1.ª parte.

(38) Importante es puntualizar en lo posible la época en que esas pinturas hayan sido ejecutadas por los indios tarascos, para darles el valor histórico que ellas tengan.

Desde luego se nota gran diferencia en el estilo del dibujo y de la instrumentaria indias comparándolas con las de la «Relación;» detalles importantes que dan á ellas una época muy posterior á la conquista.

Se hicieron, quizá, evocando recuerdos y aprovechando lo que se veía; tan cierta es esta sospecha, que en el cuadro en que se relata la discusión ocurrida entre el Ilmo. Sr. Quiroga y los españoles é indios caciques de Tzintzuntzan á causa de la translación de la sede episcopal á Pátzcuaro, figuran la iglesia y convento de San Francisco, que con ligeras modificaciones aun subsiste, y fué edificada á fines del siglo XVI por Fr. Pedro Pila.

Esta misma se mira, con más detalle, en otro cuadro del propio mapa, que tiene esta inscripción:

«Esta es la Ciudad de Tzintzuntzan, Patzquaro y Poblaciones de al rededor de la Laguna y la traslacion de la silla a Patzquaro.»

El objeto de esas pinturas fué ilustrar una probanza de los servicios y méritos de los de Tzintzuntzan en la época de la conquista de Michoacán, y ya se deja entender cómo procederían.

En atención á lo dicho me inclino á creer que tales pinturas datan de fines del siglo XVI en adelante.

(39) Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar oceano, escrita por Antonio de Herrera, &c., &c. *Madrid*, 1730.

(39 bis) Historia del Colegio de la Compañía de Jesús, de Pátzcuaro, por el P. Francisco Ramírez, su rector. Año de 1600. *México*, 1903; *passim*. La publica por vez primera el Dr. N. León.

(40) Proceso de residencia contra Pedro de Alvarado y Nuño de Guzmán. *México*, 1847.

(41) Colección de Documentos para la Historia de México, publicada por Joaquín García Icazbalceta. *México*, 1866. Tomo 2.º

(41 A) *Chavero*. Op. cit. Tomo 1.º, pág. 761.

(41 B) Relación de la entrada &. En Colección de Documentos para la Historia de México, publicada por Joaquín García Icazbalceta. Tomo 2.º, pág. 251. *México*, 1866. Esta misma lección está confirmada en la «Relación» de Pedro de Carranza, escrita el año 1531 y publicada en el vol. XIV de la «Colección de Documentos inéditos del Archivo de Indias,» págs. 347-73. *Madrid*, 1870.

(42) *Tardes americanas: Gobierno gentil y Católico: breve y particular noticia de toda la historia indiana* por Fr. Joseph Joaquín Granados y Gálvez. *México*, 1778.

(43) *Ruiz*. Ed.; Michoacan, &c. 2.ª Serie, págs. 43-113.

(44) *Villaseñor y Sánchez*. *Theatro Americano*, 2.ª Parte, Pág. 13, Col. 1.ª, México, 1748. El autor de esta obra no era eclesiástico sino agrimensor y minero; indebido es, por lo mismo, el título de *padre Villaseñor* que el Sr. Lic. D. Eduardo Ruíz le da en todos sus escritos.

Los restos de los muy interesantes papeles de los caciques *Cuara* alcancé á salvarlos para el Museo Michoacano, en donde ya no se encuentran. He podido reproducirlos aquí gracias á la bondad de mi amigo el Señor Obispo de Cuernavaca Dr. Plancarte, quien me facilitó unas calcas que de ellos mandó hacer cuando aún se conservaban en el Museo Michoacano.

La inteligente Sra. Calderón de la Barca, en su obra «*Life in Mexico*» (London, 1843), pág. 390, tan llena de gracia como de malignidad, confirma lo que he narrado.

FIN.

